Testimonio de Celestina Flores Cevallos (1968)

Soy Celestina Flores Cevallos, soy de Chapi, [distrito de] Oroncco, voy a dar un testimonio de la vida tan triste que he pasado y voy a contar en quechua.

En el año 1983 entraron los terroristas a la hacienda de Chapi, donde destrozaron completamente, mi hermano estudiaba en Andahuaylas Valerio Flores Cevallos, había llegado de Andahuaylas y ese mismo día los sinchis llegaron lo masacraron y lo torturaron, hasta le habían hecho comer sus carnes, lo habían ahorcado y como no podía morir, nuevamente lo soltaron al suelo, le sacaron su ropa y se lo llevaron muy lejos. Ahí lo habían fusilado a mi hermano.

De allí eso yo no he visto, pero mi mamá me contó a mí, porque estaba en Oroncco y vino a Chapi. Después de una semana, entró Sendero y a mi abuelito que era juez, junto con mi primo de 15 años, entre otras personas, los habían matado con cuchillo como a perros los habían cortado el cuello y en un solo hueco los habían enterrado a todos. Yo no he visto eso mi mamá había visto eso y me contó.

Después nos fuimos a Chapi con mi mamá y mi papá. Estábamos allí y entró nuevamente Sendero. Entonces, pensamos en escapar, nos dijeron que teníamos que irnos porque los sinchis nos iban a matar. Entonces, nos sacaron a todos hacia el monte y a todos los que no querían los mataron, les cortaban el cuello. Entonces, moriremos, dijimos. No sabíamos que hacer.

Entonces, llegaban los soldados, mataban a la gente. Los terroristas también nos mataban. Así que en el pueblo de Chapi todos nos desaparecimos a diferentes anexos, andamos por todas partes.

Yo tenía mi primer hijito que nació en el 83. Con ese mi hijito andamos por los cerros, pero murió de hambre. Tenía un año y medio y murió. Entonces, me embaracé de otro bebito. Tenía otro esposo, no era casada. Entonces, con ese bebito y mi mamá andamos de pueblo en pueblo, escapándonos, comiendo y no comiendo. Caminamos por todas partes porque a nuestros animales y a nuestras casas lo habían quemado, tanto los soldados como los terroristas. Nosotros no podíamos hacer nada porque ellos tenían armas. Solo mirábamos todo lo que hacían con nuestros animales, se lo comían, se lo llevaban.

Entonces, de todos lo que estábamos andando a mi compañero (esposo) lo cogieron los ronderos y los soldados. Entonces, yo me quedé sola. Estaba andando sola con mi mamá, nos juntamos nuevamente, andamos con mi mamá y con los de Sendero porque ellos nos llevaron nuevamente a Chungui.

En Chungui viví un año. Anduve llorando en Chungui, lloraba mucho. Nos hicieron regresar (las Fuerzas del orden) a Chapi, después de estar un año en Chungui; casi a 80 personas nos llevaron. Ya no quería regresar, pero nos hicieron regresar a Chapi. Sin querer, por la fuerza. A todos nos hicieron regresar, pero había un mayor ayacuchano, muy buena gente, él dijo «Quien quiera que vuelva a su tierra y quien no quiera que no». Entonces, había otro capitán, no sé cómo se llamaría. Yo no sé. A la fuerza nos hizo regresar, obligadamente y nos dijo que teníamos que vivir en nuestro pueblo porque en Chungui no podíamos vivir, todos teníamos que regresar. “Ahí vamos a ser otra población”, dijo. Entonces, nos hizo regresar a todos y los mayores se relevaban muy

seguido. Vivimos casi un año en Chapi, mi papá y mi mamá habían sembrado en Chungui, papa y maíz. Entonces, se fueron a la cosecha. A nosotros los jóvenes no nos dejaban ir junto a mi hermana Silvia y entre otras chicas más.

Entonces, nos quedamos varios. A todas las chicas nos violaron. No solamente a mí, sino a todas las chicas. De esa violación tengo una hijita, que ya está grande y se llama Magaly, de allí me fui a Ayacucho. Un sanitario me llevó a Ayacucho porque había quedado embarazada, porque yo le conté y entonces, el sanitario le dijo a mi tía y ella me llevó a Ayacucho.

Entonces, allí trabajé. Ya tenía dos hijitos. Nació Magali en Ayacucho y allí trabajé, estaba trabajando allí. En eso, en todo lo que estaba trabajando, me fui a Uripa (Chincheros, Apurímac) y me encontré con este mi esposo actual. Ahora no tengo ni chacras, ni casa, ni nada para mantener a mis hijos. Tengo mi casa, pero solo muy pequeña, pero con mi esposo actual tengo 4 hijos.

Con mi otra hijita que no tiene apellido son cinco, pero mi esposo ya la ha reconocido. Mi otro hijo, de mi primer esposo murió en el accidente en la laguna de Pacocha que hubo en 1988 porque habían ido de promoción. Sufrí mucho. Entre llantos y sufrimientos como sola lo había criado me había dolido mucho y ahora de tanto llanto tanto sufrimiento ya no estoy muy bien, me siento muy mal. Eso es todo lo que puedo decir y es todo lo que recuerdo.

Testimonio de Silvia Flores Zevallos (1974)

Buenos días con todos. Voy a hablar en quechua cómo me separé de mi hermana porque en esa fecha yo era muy pequeña, muy chiquilla. Mi hermana se vino a Ayacucho, la llevaron en helicóptero y me dejó en Chapi. Entonces, en Chapi me quisieron violar. Yo tenía 9 años. Me defendí con un palo, con espinas. Entonces, por haberme defendido me llevaron a la base de Ayacucho. Allí estuve mucho tiempo. Estando en Ayacucho un comandante me trajo aquí, a Lima, para acompañarle a su mamá. Entonces, su mamá me hizo cosas muy malas, al extremo de dejarme inválida. Yo viví mucho tiempo con ella, pero no me trataba bien. Me hacía dormir en el patio diciendo que era terrorista y que por mi culpa su hijo estaba trabajando en esos pueblos tan lejanos.

Siempre me amenazaba, siempre me decía que me iba a matar y me hacía dormir junto con sus perritos. Yo no podía salir a ningún sitio. Cuando llegó ese comandante, su hijo, yo no quise quedarme, quise irme con él. [Sin embargo,] él me convenció y me dijo que tenía que quedarme. Su mamá me hizo quedar. Entonces, con su trabajador quiso hacerme violar. Yo ya tenía 12 años y me encerraron en un cuarto, pero yo me defendí. Me subí al segundo piso me estaba escapando, cogiendo de un tanque. Me escapé, me solté y me caí. Yo no recuerdo muy bien, pero mi cadera me había malogrado. Me arrastré hacia el lugar donde dormía con sus animales. Allí estaba llorando, lloraba mucho y su vecino que, era seguro un hombre de buen corazón, me sacó con una escalera. Me escondió en su casa, no recuerdo bien el nombre de ese señor, pero él me también me abandonan. Y yo sola trabajo para mantenerlos, no tengo ni casa ni chacra ni animales, solo vivo en casa alquilada. Me mudo de un lado a otro. Tengo hijitos, pero los hombres se van porque estoy mal.

Ahora necesito. Tengo clavos en las piernas. Ojalá alguna institución, por favor, me podría ayudar. Todo en bien de mis hijos. Esos clavos de mi pierna porque de pronto no vaya a poder mantener a mis hijos. Gracias con todos y eso es todo lo que iba a decir. Muchas gracias.

Monseñor José Antúnez de Mayolo

Señora Celestina, señora Silvia. En nombre de la Comisión de la Verdad y Reconciliación agradezco de verás la participación de ustedes en esta audiencia pública. El testimonio que nos acaban de dar ha sido muy doloroso para ustedes, pero ha sido también necesario para que el Perú entero tome conciencia del dolor que ustedes han pasado. Están haciendo ustedes una petición a la Comisión de la Verdad. Dentro de nuestras posibilidades haremos lo posible para ayudarles, para acompañarlas. Les agradecemos sinceramente este testimonio.

Llevó donde otra señora. Esa otra señora hizo que me operen en el Hospital [Nacional Arzobispo]Loayza.

Esa señora me hizo operar y estaba casi un año [hasta que] recién pude caminar. Esa señora me enseñó muchas cosas. En cambio, la otra señora, la mamá de ese señor que me trajo de Ayacucho, era muy mala gente porque yo no tenía nadie aquí. Yo no sabía dónde estaban mis familiares. No sabía si mis hermanas estaban vivas o si mi mamá estaba viva en Ayacucho. Mucho tiempo estuve en Lima y no sabía nada de ellos. Esa señora que me crio, la señora que me hizo operar, me decía que yo iba a encontrar a mi familia donde sea porque siempre las familias se encuentran. Me dio dinero, me dijo eso y me dijo que vaya a buscar a mis padres. Yo le agradecí mucho, me apoyó para ir a buscar a mi familia. Ahora estoy mal de la pierna. Tengo tres hijitos, pero como estoy mal, los papás de mis hijitos